



# Prologo

· Adelaide ·

Capilla de St. Stephen's, sur de Lambeth

Octubre de 1834

Solía decirse que las nubes de tormenta daban buena suerte en una boda.

Solía decirse que la oscuridad del cielo que se cernía sobre el enlace señalaría el punto más débil de esa unión. Solía decirse que la lluvia arrastraría cualquier desgracia o desventura que aguardase a la pareja, dejando tras de sí un futuro de buena fortuna.

Solía decirse que, al fin y al cabo, las bodas eran días felices, jornadas dedicadas a las sonrojadas novias y a los jóvenes novios con vestidos nuevos y familias que se regocijaban ante la perspectiva de multiplicar su tamaño. ¿Qué era un poco de lluvia contra la promesa de tanta felicidad?

Solía decirse que el mal tiempo sería lo peor del día y del enlace.

Pero ¿y si el tiempo no era lo peor del día? ¿Qué ocurría entonces con el enlace?

Aquella mañana de finales de octubre, mientras llovía a cántaros y los truenos sacudían los tejados, la señorita Adelaide Trumbull se encontraba ante el altar de la capilla de St. Stephen's, en el sur del distrito londinense de Lambeth, rodeada por el aroma del incienso y de la cera de las velas, con un vestido

robado en plena noche a la mejor modista de Mayfair, y valoró la posibilidad de que lo que solía decirse no fuera del todo cierto.

No había sonrojo alguno en el rostro de Adelaide, la muchacha de veintiún años hija de Alfie Trumbull, un tipo bruto con un puño del tamaño de la cara de un hombre. Alfie le había dado buen uso a esa arma en cuanto fue lo bastante mayor como para apretar el puño, y se había construido un pequeño imperio, ya que era, en la zona de la Ribera Sur, el cabecilla de Los Toros, una banda de matones y ladrones. La joven había aprendido enseguida que para sobrevivir al dominio violento de su padre necesitaba dinero. Con seis años ya era una de las chiquillas más avispadas de la Ribera Sur. Con sus dedos largos, finos y veloces era capaz de hurtar un reloj de bolsillo o registrar un bolso sin que nadie se diese cuenta.

Una princesa de ladrones.

Y cuando le llegó el momento de casarse, era evidente que su padre elegiría al afortunado novio; aquel era el papel que tenían los reyes, ¿verdad? Casar a sus hijas para apropiarse de tierras, poder o para anexionarse un ejército.

No importaba que Adelaide fuera demasiado alta y demasiado anodina físicamente, ni que John Scully no mostrase ningún interés por ella. El elegido sonrió cuando apareció la muchacha; había estado más que dispuesto a probar la mercancía —el padre de Adelaide le había insistido a esta en que lo permitirse—, y al tomar la palabra hablaba con la labia fácil de un hombre que sabía atrapar moscas con miel. Pero no tenía ningún interés en atrapar a su futura esposa, así que la joven imaginaba que, una vez casada, probaría bastante poca miel.

Lo que importaba era que Scully era el líder de Los Muchachos, una nueva banda más pequeña que empezaba a actuar en la Ribera Sur. Más anárquica que organizada, Los Muchachos suponían un peligro para los habitantes, los negocios y el reino

de Alfie Trumbull, un hombre que creía firmemente en el dicho de que había tener cerca a los amigos y más cerca aún a los enemigos.

Y si eso significaba sacrificar a su hija y entregársela a los enemigos, que así fuera.

Adelaide no sentía nada por su padre. Y albergaba serias dudas de que fuese a sentir algo por su esposo. Sin embargo, aquella era la vida que le había tocado, y, si tenía suerte, sobreviviría mejor que su madre a estar casada con un monstruo. Quizá John Scully moriría joven.

Un fuerte trueno retumbó, y Adelaide pensó que augurar la muerte de tu futuro esposo frente al altar seguramente contrarrestaba la buena suerte de la lluvia torrencial.

Una breve e histérica carcajada brotó de sus labios. Nadie se percató.

Se recolocó las gafas y se llevó los dedos al cuello; el vestido de encaje le apretaba, había sido diseñado para otra mujer.

El cura siguió hablando en un incesante parloteo; debía de tener miedo de lo que le ocurriría si se negaba a seguir las instrucciones de Trumbull, sin duda.

Adelaide rememoró *Las bodas de Caná* mientras observaba al tipo con el que iba a contraer nupcias; se movía adelante y atrás, como si no encajara en aquel lugar. Su mirada fue más allá, hasta la madre de él, sentada en el primer banco, el que ocultaba la trampilla que conducía al sótano que albergaba media docena de cajas repletas de armas que esperaban la siguiente guerra que se dispusiese a librar Alfie. Los ojos de la anciana eran adustos, como si se encontrasen ante un juez y no ante un ministro del Señor.

La atención de Adelaide se desplazó a los otros ocupantes del banco. Las dos jóvenes, las hermanas de Scully, parecían estar a punto de caer inconscientes a causa del aburrimiento. A su lado,

una hilera de hombres, los hermanos de Scully, uno de sangre y el resto de fuego. Pronto también serían los hermanos de ella, supuso Adelaide. Brutos de la cabeza a los pies, con cejas espesas sobre los ojos, tanto que proyectaban sombra sobre la nariz, que se habían roto tantas veces que «destrozada» era el término más amable para describir su estado. Ellos también se removían, inquietos.

Una testigo cualquiera tal vez pensaría que se movían así por el temor que les causaba la vida tras la muerte. Que una casa de Dios no era su lugar preferido para una mañana de sábado.

Pero aquella no era una casa de Dios normal y corriente, y Adelaide no era una testigo cualquiera.

El cura prosiguió y fue capaz incluso de hablar sobre el infierno; en opinión de la joven, un discurso un tanto excesivo para una boda, pero quizá la intención del sacerdote era conducir a los allí congregados hacia la luz.

Pobre infeliz.

Adelaide se movió lo justo para echarle un vistazo a su padre. Eso le bastó para saber que no estaba atento a la ceremonia, sino que tenía la mirada clavada detrás de ella, detrás del cura, en los vitrales de las ventanas.

Se golpeaba la rodilla con los dedos regordetes. Ejercitaba la mandíbula al morderse la punta de la lengua, una señal que su hija había aprendido a descifrar muy rápido, y que significaba que debería huir de allí cuanto antes. Con los ojos entornados detrás de las gafas, observó las botas de su padre, que seguían cubiertas de barro. Allí, junto al talón de una, se encontraba el mango de madera de la que era el arma preferida de su padre.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel día no iba a casarse. No iba a ser una unión, sino una conquista, pues su padre planeaba matar al novio.

La joven volvió a prestar atención al cura, y su instinto tomó

las riendas. Detrás del sacerdote, en el altar, había un cáliz. Pero seguramente estaba hecho de peltre. No pesaría lo suficiente. No, el candelabro de latón era su mejor opción. El más corto del extremo alejado del altar. Primero tendría que dar dos pasos y llegar hasta allí. «¿Los candelabros eran sagrados?». Adelaide bajó una mano hacia las faldas, irritada. De haber sabido que iba a tener que pelear, habría protestado al ver ese vestido. Movi6 un hombro bajo la ceñida tela de encaje. De ninguna de las maneras sería capaz de blandir el candelabro con la suficiente fuerza como para hacerle daño a alguien. Y necesitaba hacerle daño a alguien.

¿Qué clase de animales convertían una boda en una sucia guerra?

Y lo que era más importante: ¿a qué estaban esperando?

—Si alguno de los aquí presentes...

Adelaide puso los ojos en blanco. Por supuesto. A nadie le gustaba tanto el dramatismo como a un avezado delincuente, que se consideraba un auténtico héroe.

—... conoce algún motivo para que la pareja no deba unirse en sagrado matrimonio...

A su lado, Scully se inquietó y deslizó una mano debajo de la chaqueta, donde sin lugar a dudas ocultaba un puñal. Su padre no era el único que estaba dispuesto a derramar sangre aquel día.

—Por el amor de Dios —masculló la muchacha.

El cura le lanzó una mirada reprobatoria, como si la novia jamás hubiese tenido que tomar la palabra en aquel momento.

—... que hable ahora o que calle para siempre.

Durante unos instantes, se hizo un silencio sepulcral, y durante un segundo Adelaide se preguntó si estaba equivocada.

Se quedó sin aliento cuando un trueno inundó la iglesia y reverberó en las piedras centenarias.

Había empezado la guerra.

Los asistentes estaban en pie, asestando puñetazos y desenfundando dagas. Uno o dos agujones entraron en la refriega, acompañados de gruñidos y gritos.

Adelaide se dirigió hacia el candelabro, más veloz que nunca, como le habían enseñado a ser desde que tenía cuatro años. Y mientras se encaminaba hacia allí, dispuesta a coger el objeto de latón, hizo lo que también le habían enseñado a hacer desde que tenía cuatro años: robó. No era estúpida, y sabía que después de la pelea quizá se quedaría sola, con nada más que un vestido de boda robado y demasiado ajustado, y sin una sola moneda en los bolsillos. Años en la calle le habían enseñado a planificar la pelea y a prepararse para la huida.

Se apropió de tres relojes —uno de ellos mientras evitaba un impresionante puñetazo— y de tres bolsos repletos de monedas, y se los metió debajo de las ceñidas mangas del vestido mientras se encaminaba hacia su objetivo. Se levantó las faldas, que eran demasiado cortas, y subió los escalones a toda prisa, dejó atrás al cura y este se agachó debajo del altar, el lugar más seguro para que se ocultase un hombre de fe mientras su iglesia se transformaba en el escenario de una cruenta batalla.

Un grito se alzó tras ella, demasiado cerca, y al mirar atrás vio que se le aproximaba uno de los hombres de Scully con el rostro enrojecido.

—¿Dónde crees que vas? —Intentó agarrar la parte trasera del vestido, pero la tela estaba pegada a ella como si fuese una segunda piel.

Adelaide aceleró el ritmo y cogió el candelabro antes de girarse de inmediato y echar mano de toda su fuerza para blandirlo.

—¡Contigo, a ningún sitio!

El hombre aulló y aferró el arma para tirar de ella justo antes de perder la conciencia, pero Adelaide estaba preparada y

la soltó en cuanto lo vio desplomarse como un árbol. Se detuvo durante medio segundo, menos incluso, para barajar sus opciones con la mente acelerada. «¿Quería participar en esa batalla?».

«¿Le correspondía participar?».

La mano que se acercaba a su hombro le evitó tener que buscar una respuesta. Antes de que pudiese dar la vuelta y luchar, se vio empujada hacia atrás por una puertecita oculta detrás del altar.

La puerta se cerró suavemente y el estrépito de la batalla desapareció, amortiguado por la madera y la piedra y la distancia y la lluvia infernal, que repiqueteaba contra las ventanas con marco de plomo del techo.

Los vitrales cubiertos de hollín apenas dejaban pasar la luz tenue del oscuro cielo. Adelaide quiso coger la primera arma que pudiese encontrar. Se giró para mirar hacia la puerta, empuñó un libro... y lo bajó de inmediato.

—¿Ya no te apetece darme un golpe? —La mujer junto a la puerta sonrió.

—No creo que el castigo eterno sea clemente con quienes golpean a una monja —respondió Adelaide.

—Y menos aún si lo hacen con la sagrada Biblia.

Adelaide devolvió el libro a su lugar.

La monja pasó junto a ella rumbo a la pared más alejada de la estancia, donde extrajo un cesto de un armario bajo. Lo dejó sobre la mesa que las separaba, junto a la Biblia, y luego se apartó.

Adelaide examinó el cesto y a la mujer con cautela.

—No se parece a ninguna monja a la que haya conocido.

—¿Has conocido a muchas?

Se quedó pensando. Lo cierto era que no, pero tanto daba. Se subió las gafas por la nariz.

—¿En qué bando está?

—¿Acaso no es evidente? —La mujer frunció el ceño.

—Es decir, ¿está con Los Toros o con Los Muchachos?

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti. —La monja ladeó la cabeza.

«Con ninguno».

Adelaide guardó silencio.

—Imagínate una cosa, Adelaide Trumbull —dijo la monja con los ojos azules afilados y repletos de verdad—. ¿Y si estuviese en tu bando?

Adelaide levantó la barbilla. ¿Y si había un tercer camino? ¿Uno que fuese mejor?

Imposible. No había mejores caminos para las chicas de Lambeth. Ni siquiera para las princesas que habían nacido allí. Para ellas menos que para nadie, de hecho.

Más arriba, Adelaide observó el rostro de una de las siluetas de la vidriera y experimentó envidia por aquella mujer, que tenía el rostro oculto. Inidentificable. Invisible para todos menos para unos cuantos. Insignificante. La lluvia golpeaba el cristal y amenazaba con hacer añicos los vidrios que conformaban el cuerpo de la mujer, y que ya lucían algunas grietas.

Un aullido de la refriega penetró en el silencio de la estancia.

—Necesitas algún sitio donde guardar tu botín, ¿no es así? —La monja, que no parecía tan monja ya, señaló nuevamente el cesto.

Adelaide la miró a los ojos, mientras los tres relojes de bolsillo le calentaban la piel debajo de las mangas.

—¿Qué botín?

La monja arqueó una ceja, perspicaz.

Adelaide se acercó al cesto, sin saber qué iba a encontrar y consciente de que lo que contuviese iba a cambiarle la vida. Quizá no a mejor.

Pero, la verdad fuese dicha, su situación ya no podía ir a peor.

Levantó la tapa y descubrió un pequeño retrato en un marco

redondo de plata. Observó a la mujer que la contemplaba con atención desde el rincón opuesto de la estancia.

—Soy yo.

—Por lo tanto, sabes que lo que contiene es para ti.

Adelaide miró hacia la puerta y pensó en lo que sucedía al otro lado.

—Usted sabía lo que planeaba él —dijo. Su padre. La refriega. La guerra que se avecinaba.

Un asentimiento.

—¿Usted y quién más?

—Eso lo sabrás en el futuro. —Un ligero ladeo de cabeza.

—¿Cómo sé que habrá un futuro?

—¿Cómo sabes que habrá un futuro ahí afuera?

La monja estaba en lo cierto.

Adelaide metió una mano en el cesto y sacó unas cuantas prendas de ropa. Unos pantalones. Una capa con capucha. Una camisola, un chaleco y un abrigo. Un paraguas negro.

—Buscarán a una novia —le explicó la mujer con la barbilla levantada hacia el altar, donde la mitad de la fuerza bruta de Lambeth estaría bañando de rojo las piedras de la iglesia—. Una que lleva un vestido robado.

Adelaide lo comprendió de inmediato. La ropa era un disfraz, uno que no convencería a nadie a largo plazo, pero que le serviría durante los siguientes treinta minutos. Durante las siguientes treinta yardas, en cuanto abriese la puerta y saliese a la lluvia.

«Pero...».

—No tengo a dónde ir —dijo negando con la cabeza. Las princesas no abandonaban sus reinos. ¿Quiénes eran sin ellos?

—¿Estás segura? —La monja asintió hacia el cesto.

Adelaide examinó el recipiente, que creía vacío, y en el fondo encontró una tarjetita azul, gruesa y exuberante, el papel más elegante que hubiese visto nunca, con una preciosa campana

azul dibujada. Aunque el rectángulo tenía el tamaño de una tarjeta de visita, no estaba firmado. Solo lucía la campana y una dirección de Mayfair.

La campana, la dirección y, cuando le dio la vuelta, un mensaje:

*Ha llegado el momento de que desaparezcas, Adelaide.*

*Ven a verme.*

*Duquesa*

Y fue así como el tercer camino se abrió ante Adelaide, claro y meridiano. Y anhelado.

Resultó que lo que solía decirse era cierto.

Después de todo, daba buena suerte que lloviese en una boda.